

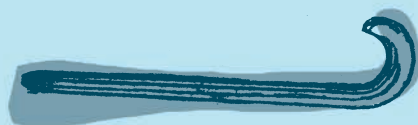
## Una gran lección

*Aurora Consuelo Hernández Hernández*

Cuando mis papás decidieron que nos cambiaríamos de domicilio fueron necesarios muchos otros cambios. Ellos decían que a mis diez años sería mucho más fácil adaptarme a ellos, pero a mí me pesaba dejar los espacios que me daban seguridad. Me resistía a no ver a mis amigos en la escuela y en mi calle. La nueva casa estaba muy retirada de la anterior; era diferente en su distribución, pero los muebles eran los mismos.

En mi anterior escuela éramos pocos niños en el grupo y todos participábamos activamente en clase, pues nuestras maestras eran muy entusiastas y siempre llevaban actividades interesantes; durante el recreo jugábamos por todos los rincones de la escuela, y a la hora de la salida aprovechábamos cualquier minuto para seguir jugando.

Ahora sentía temor ante lo que significaba una escuela diferente, otras maestras y otros compañeros. Así llegó el primer día de clases y en mi mente infantil había muchas ilusiones y temores. La maestra me recibió amablemente y me presentó ante el grupo; entrar al salón y ver a muchos niños que me saludaban dándome la bienvenida fue grato y empezó a darme confianza.



En ese primer día hubo alguien que centró mi atención. Me percaté de él en el momento de salir al recreo. Lo observé y me di cuenta de que no veía; pregunté a otros niños y me lo confirmaron, pero aún así, pasé mi mano frente a sus ojos y él no pudo percatarse de ello. No salía de mi asombro pues en clase la maestra se dirigía a todos por igual. Mi mamá me dijo que todos los niños pueden asistir a la escuela y Toño no era la excepción.

Nunca había conocido a alguien así y, al principio, como aún no hacía amigos, me acerqué a él para platicar, así, aprendí a tratarlo, a saber más sobre él y a convertirme a veces en su apoyo de juegos. Me confió que tenía la ilusión de que llegara el día en el que pudiera ver, que los médicos le habían propuesto una cirugía y que había esperanzas para ello.

Me dijo que por las tardes asistía a otra escuela en la que le enseñaban a utilizar un bastón que le permitía ubicar los espacios para caminar libremente. También le enseñaban a leer por medio del tacto, al deslizar los dedos y reconocer puntos colocados de diferente forma que equivalían a las letras, así, a través de las yemas de sus dedos podía leer. También aprendía a escribir por medio de un sistema inventado por Louis Braille hace cerca de 200 años. De esta manera podía estudiar y hacer sus tareas escolares.

Poco a poco me fui percatando de sus deseos para integrarse al trabajo en el grupo; la maestra tenía mucho cuidado de tratarnos a todos por igual y participábamos en todas las actividades de la escuela: asistíamos a la clase de Educación Física y a la de Música, en la que nos percatábamos que Toño tenía una voz privilegiada.





Sin embargo, era notorio que él no era igual y a veces los compañeros lo hacían notar burlándose. Una vez la maestra se dio cuenta de ello y, en lugar de regañarnos, salió por un momento del salón y regresó con pañuelos que nos fue colocando en los ojos para que no pudiéramos ver. Así permanecimos el resto del día. Esta experiencia fue inolvidable, comprendimos lo difícil que resulta tener una limitación, movernos, desplazarnos, orientarnos y hacer lo que parece normal para los que tenemos este don.

Al final del día, con los ojos tapados aún, platicamos sobre nuestras percepciones y nuestros sentimientos; nos dimos cuenta de lo importante que resulta comprender a nuestros semejantes. Así bajo las mismas condiciones, parecemos ser iguales, pero no es así. Cada uno de nosotros pudimos darnos cuenta de algunos de los rasgos que nos hacen diferentes.

En otra ocasión, nos hizo trabajar por parejas, la actividad consistía en conseguir un propósito escolar, para ello simulamos que teníamos alguna limitación (no oigo, no veo, no hablo o me falta una mano), empezamos como un juego, se nos hacía fácil conseguirlo, pero al final de la actividad reconocimos que no había sido sencillo. Nos pudimos dar cuenta de que no obstante no podemos ver, oír, o caminar, podemos colaborar y ayudarnos. Nos dimos cuenta que tenemos capacidades, que todos somos iguales y al mismo tiempo cada uno de nosotros somos diferentes, y no por ello somos menos o estamos verdaderamente limitados para seguir adelante.

Así, nuestra maestra nos dio una gran lección, nos hizo darnos cuenta de que somos seres excepcionales y que podemos ir muy lejos gracias a poder observar nuestras limitaciones y nuestras capacidades y luchar por caminar siempre hacia adelante.

Han pasados algunos años y yo estoy cursando una licenciatura. Hace poco volví a ver a Toño, su cirugía de ojos fue desafortunada, pero no un obstáculo para seguir adelante. Se ha convertido en un gran músico y su maravillosa voz lo acompaña y lo distingue como una persona sobresaliente. Pero lo mejor de todo es que aún nos podemos comunicar como en los viejos tiempos.